

DIONISIOS Y EPICURO

Para la dulce amada de mi compañero
de estudios, Moisés Vincenzi Pacheco.

Hay en el espíritu creador de los pensadores, cosas incomprensibles: ya por la profunda demostración de lo que se proponen demostrar; ya por el *instinto* de sus obras altamente reformadoras de las doctrinas creadas por sus antecesores. Allí está la base de la filosofía.

Ved la transformación de lo que se creó hace veinte siglos, pareciendo acabado cuando no es sino manifestación de una de las etapas del adelanto humano. ¿Creis acaso que el cristianismo actual, el propagado por el pensador—cuyo fondo es el liberalismo más absoluto que no haya visto el hombre—sea diferente al de tiempos pasados en lo que se refiere a su fin perseguido?

Aunque el hombre en las obras que se atreve a emprender encuentre todo demasiado enigmático, además de lo anterior, existe en él cierta *contradicción natural* indispensable para llegar; en no se sabe qué tiempos, a resolver los problemas puestos por Dios. Fundado en esto, voy a decir lo siguiente al lector:

Los grandes cerebros formados en lo sombrío del misterio, son una cadena interminable pero con eslabones diferentes, que señalan la idea que transforma, ahora la moral en doctrina, ahora las teorías filosóficas de la vida en indiscutibles legítimos conceptos, resultando en la filosofía un caos incomprensible donde todo es contradicción, cosa que tiene que suceder para, algún día indeterminado, llegar a un punto fijo; así se ha formado el juicio que a diario evoluciona.

Ahora examinemos con un ejemplo la producción histórica del fenómeno anterior, todo lleno de animación filosófica y cada vez más expuesto a la investigación humana, ansiosa de verdad.

Las miras filosóficas de Nietzsche son diferentes a las de Sócrates: pero hay que tener en cuenta que la ironía celestial del maestro heleno se parece a la ironía humana del pensador alemán, siendo quizá esto el lapso de unión de estos pensadores tan diferentes. Unamos ahora la moral socrática con el pesimismo de Federico Nietzsche para ver qué nos resulta:

En la época más floreciente de Atenas, cuando se conoció el arte trágico, salido—desde el punto de vista *verdaderamente trágico*—de lo *dionisiaco*, surgió la escuela socrática para derrumbarlo con la *moral optimista de su época*, alumbrando con todo su esplendor.

Su primer ensayo lo hizo con Platón combatiendo sus inclinaciones trágicas, para Sócrates antifilosóficas.

La llaga principal de la moral de Sócrates, para los helenos, fué la corrupción—dicen ellos—de la juventud, que la apartó de la idea artística de los demás atenienses, para enseñarles la existencia de un único creador.

La tragedia griega es para el maestro heleno decadencia, en tanto que para Nietzsche es grandeza, es el principio de su religión donde él encuentra consuelo y amor, que no es fácil hallar en una alma como esta.

Tal vez el filósofo alemán tenga razón al no creer que la *tragedia de origen dionisiaco* no sea decadencia, por depender de una época, más que realmente pesimista, para los griegos, artista; pero se tendrá también en cuenta—y esto quizá sea el optimismo de Sócrates—que el arte es la fuente principal de las realidades que el hombre ha podido conquistar, y que tal vez es allí donde esté la clave de las teorías modernas, porque en su fondo son más que todo, belleza, belleza intensa....

Sí; no es decadencia para el uno, y lo es por cierto para el otro: Nietzsche encuentra regocijo en lo *dionisiaco*, porque para él la existencia es la realidad sublime opuesta a la vida; y la muerte es el primer triunfo del arte divino; y eso se encuentra en el helenismo que él admira. Sócrates, al reverso de las ideas de los hombres célebres de su tiempo, encuentra dulzura en el *epicuerismo metodizado*, hallando en él la ironía de que su espíritu gusta y el llanto de filósofo demoledor.

En tanto, la humana evolución, encuentra en uno la risotada del filósofo charlatán, y en el otro la amargura del pensador cansado de la vida y con deseos de vivir.

Napoleón Pacheco Solano

San José, Costa Rica, Febrero de 1915.

GLOSARIO

EL CÓNDOR ha anunciado la publicación de un artículo mío, acerca de la guerra europea. La redacción confusa de una carta que dirigí al Director del periódico, dió pie a que

se supusiera que iba a escribirlo. Sin embargo, en presencia del anuncio me ha ocurrido decir algo a ese propósito. Quizá no sea ello, por cierto, más que un breve elogio del periodista alemán Harden. Sus declaraciones con respecto a lo que podríamos llamar el ideal de Alemania, tal vez contengan mucho de lo que se requiere renacer para la com-

prensión plena del sentido y de la trascendencia de esta guerra. Al menos, expresan nítidamente la fórmula de la acción germana, y lo hacen con palabras más claras y precisas que aquellas que inmortalizó Bismarck. Sobre todo, más elocuentes. Esas palabras son terribles. Harden ha dicho que Alemania se rige por *otra ley moral*. Que para que su conducta sea juzgada de acuerdo con ella,—y tal es la consecuencia lógica,—debe imponérsela al mundo.

¿Dónde está, cabe que alguien pregunte, la originalidad, la fuerza, la importancia, la elocuencia, de tan sencilla declaración? Quien lo preguntara habría de estar, sin duda, fuera de toda ley moral, o dentro de la ley germana. En un caso, habría ignorancia dolorosa, irredimible; ¿en el otro? Pues que es en esa duda donde reside el tremendo poder de la expresión del periodista. ¿Puede existir una ley moral que sea negación absoluta del principio cristiano? Y no es el hecho contrario a la enseñanza de Jesús lo que espanta. Si ese hecho no se realizara constantemente, tal enseñanza carecería de valor, por carecer de objetivo. Es la conversión del hecho en ley. Es la constitución de una doctrina transformadora de todos los valores existentes y previstos. Es la apertura de un nuevo cauce para la antigua corriente humana. Algo más que la fé de Nietzsche, porque es la acción. Al contemplarla, seduce al pensamiento la voluptuosidad de encontrar la relación entre aquel hombre y esta obra, y entre esas obras y lo porvenir.... Cuanto más, si se recuerda la afirmación de Gerald Hauptman: el soldado alemán lleva a Nietzsche en el bolsillo para leerlo en el viva. La sensibilidad del espíritu que lo hiciera, se enriquecería profundamente al contacto de desconocidas realidades. Exigiría esa tarea, para que en verdad pudiera utilizarla el mundo, la fortaleza mental de Carlyle, el genio de Carlyle. Se trata, nada menos, que de definir la civilización. De señalar el arraigo de las hondonadas de la conciencia humana, de una poderosa voluntad colectiva que pretende crear una zona de acción más allá del bien y del mal....

Se dice, en el afán de comprender, que renacen los tiempos de la conquista violenta, pero toda comprensión se ahoga al advertir que surgen en el mismo sitio señalado por el anhelo de las generaciones para el culto de la paz....

Y el pobre corazón sigue creyendo en su Ley, que quizá deba desaparecer con el paisaje que comprende y con la humanidad que ama.

¿Cómo habrá sido de dolorosa, para un Mauricio Barrés, hombre de nuestra ley, representativo de los hombres que en ella confiamos, la visión de la Santa Catedral rodeada de llamas, llenas sus naves del incienso de la pólvora, ceñida su gloria por el estrépito de una civilización que se estremece!

Siquiera ese espectáculo transfundiera en el pensamiento la sangre del corazón!

OMAR DENGO

Balbucesos filosóficos

PARA MI APRECIABILÍSIMA
AMIGA OLIVA VARGAS, AFEC-
TUOSAMENTE.

*Hechos después de haber
leído el artículo «Del sen-
timiento» en «El Cóndor»,
cuyo autor es el joven poeta
Rogelio Soleda.*

Al autor del artículo "Del Sentimiento"

Mi distinguido amigo:

A la vista de vuestra delicada producción «Del sentimiento», siento emerger de la disparidad misma a que nos someten nuestras intelectuales miras indagatorias tan en pugna, el soplo que atiza la amistad que entre los dos empieza.

Una sensación cerebral que entusiasmo sobremanera mi alma impresionable, es la que imprimen los disentimientos sinceros entre ella y su exterior.

Cual tostado pan a boca de hambriento llegaron hasta mí, no sé si del naturalista Ruskin, o de otro eminente escritor, las hermosas palabras cuando al enseñar la doctrina suya aconsejaba a sus discípulos convencidos, para el propiciatorio acatamiento de lo fundamental, la no sumisión pusilánime y reticente a los detalles que explicaba de ella, es decir, la libertad más completa y radical del pensamiento.

Esa es mi manera de abrazaros con todo el cariño de mi alma. Sometiendo vuestras ideas a mi totalmente humilde criterio, con la imparcialidad requerida por las cosas serias, si es que a la sazón puedo introducirme en el laberinto de la disertación con tal carácter, impropio de estudiantes que aún empiezan a morder el biberón.

Sirvan pues, a manera de alfombra conducente al recinto expositivo de la materia, las ideas ya expuestas, sobre la cual os invito caminemos a la par.

El yo poeta superficial; el yo artista profundo.

El yo poeta de que habláis en vuestro artículo con esos preciosos cantos de sirena impresionada por el rielar constante de la luna sobre la movediza superficie del océano, en latitudes tropicales, que me hace recordar la frase «última grande que no sea verdad tanta belleza»...mundanal, debe cultivarse sólo, a fe de grande esfuerzo, cuando puede en el alma del sujeto la fascinante superficialidad de las manifestaciones rientes de la vida con sus brillos pasajeros, y a defecto indispensable de no germinar en ella, el yo artista profundo, al que concibo avivando su estro omnipotente, ya en presencia de las amarguras materiales urdiéndole emboscada a su existencia, ora al frente de la dicha bosquejándole someras figuras de ilusiones muy sutiles, que se escapan de sus manos cual pescado resbaloso; debe cultivarse con esmero, ese yo poeta enamorado de las superficies, cuando el otro yo no manifieste su pujanza luciente perpetrando el crimen de atravesar las epidermis para descubrir las materias que ellas tapan.

Y es, que no es el arte concebido por vuestra idea el capaz de ponernos a salvo contra la tempestad de la inquietud interna, de la no satisfacción, pues no sólo porque exista en el lienzo, en la estatua y en el poema, lo es con su soberbio cortejo de pinturas, de formas y de cantos, sino porque éste también se haya, en su acepción más lata, en el infinito resto de las creaciones naturales, y es por consecuencia que adelante os

será obvia, el núcleo de la vida fuera de ellos; porque es su línea distintiva y su esqueleto; el síncel con que forjó el Eterno la pluma del coloso itálico, del visionario Dante, en la fragua de sus santas decisiones, para hacer conocer con sus enseñanzas, en la pintura, la escultura y el verso, a fuer de imaginación sorprendente e inusitada, unas de las finalidades en síntesis perseguidas por los pensadores más profundos, y no el curso para conseguir las donde la sentida obra del poeta, del pintor o del escultor, no es sino una flor embriagando con su aroma al que la ostenta en la solapa sin recordar la realidad que nos abraza.

¡Ah! el arte tal cual es, es el preciso en verdad, con sus opuestas manifestaciones de tristeza y alegría, en el cual, para mayor profundidad de satisfacción inteligente es reina la primera en los dominios materiales de la vida, para esquivar un tanto las iras de Júpiter lanzadas por sus manos sobre esta turbamulta de vivientes. Sin el calor de sus rayos divinos, filtrándose al través del decadente enramaje de los prejuicios humanos cuya tércula opresora mantiene en sumisión a la mesnada ridícula que sojuzga, en esta abrupta montaña de la existencia, premeditadamente por la fuerza celestial sembrada de mezquinas asechanzas y disturbios, de fuego y desolación, de piratería y bandalaje y del rastro jesuitismo de los césares y cobarde abstención de los esclavos, por vuestra consciente inopia comparada a una llanura fértil en placeres para el cuerpo, en la aurora fértil de la edad, en la preciosa juventud, caeríamos pesadamente a manera de seculares troncos de un bosque al desbordamiento de furiosa tempestad.

Por eso, ese arte conjuntivo tan extenso de que os hablo, también lo encuentro, pese a vuestro cándido optimismo, en la prosa del más grande melancólico, del pirrónico Leopardi, nacido en la tierra de las luminarias, donde él hace elogios a la verdad para con quistar—so pena de perder el goce material que poco vale—la dicha tributada a sus constantes tributarios; está en el cerebro de Nietzsche cuando este se prepara a combinar en su paleta magistral los colores para pintar, con su loca ironía en los labios y la mirada profundamente fija, la silueta desnuda de la vida retorciéndose en el fango; está en el numen portentoso de Hugo exprimiendo el jugo de un goce extrañísimo en la muerte gustosa de Gilliatt en las saladas aguas del mar, después de haber vencido—en holocausto a la mujer cuyo desprecio le lanzara luego en el brillo inocentemente infame de sus pupilas—sus misteriosos efluvios con la pertinacia de un sobrenatural esfuerzo, propio de colosos.

En la befa del destino con sus sangrientas concupiscencias de macho cabrío y sojuzgando las almas al parecer con injustos caprichos y dando a las materias inorgánicas ascendente evolución, aún cuando las someta al crisol de largas decadencias; en las variabilidades del azar con sus lobregueces cavernosas y sus alumbramientos llenos de portento; en el dolor con todas sus facetas de indecisión y de duda, amigo poeta, allí precisamente es donde encontraron los genios del Parnaso después de sus carreras por el cielo de la imaginación, las fuentes benditas donde saciaron su sed de sabiduría y arte para derramarlas por todo el mundo.

Si.....; esa sabiduría y ese arte benditos encauzaron sus torrentes de incomparable transparencia, por los libros del clarividente alumbrador Federico Nietzsche, domoedor de los estrechos convencionalismos del pensamiento, en donde la peculiaridad de lo bello entronizado en las deformidades mismas de creación—que no las hay por ende en un sentido eminentemente filosófico—destaca envuelto en las luces de la realidad sus perfi-

les gigantescos; en donde también lo dibuja con proporciones de montaña, la valiosa sabiduría de lo bueno, brotando de los charcos nauseabundos de lo malo, cual del inmundo lodazal engusanado reborbota la de que las flores arrancan sus colores de rubí y de zafiro, pues que lo bello que es lo bueno, y a la inversa y que señala igual sendero y ocupa igual lugar en el espacio, no sólo se encuentra en lo esplendente y lo festivo, como lo aseguráis a fe mía con grande ligereza, si que también en lo lapidario y en lo opaco; si que se encuentra también en luciente maravilla en el insondable precipicio donde bate sus alas el cuervo del enigma, como en la altura con sus majestuosos escalamientos hacia el cielo, donde sienta sus formas helénicas. Tarea es de artistas y filósofos interpretarlo así, pues que en el campo que le dáis no caben ni sus alas ni las vuestras; el arte vuela más y necesita como la sabiduría, hacer nido donde no podrían llegar las águilas ni los cóndores.

Dios está en todas partes; Dios es todo arte y sabiduría; Dios mantiene exclusivo patrimonio sobre todos los frutos de la naturaleza con sus diversos pesos, tamaños y coloraciones, y no hay uno que niegue estas verdades sin derrumbarlo de su trono, como se derrumba a un reyezuelo reventando el cordel de su existencia. Luego para Dios, o existe ese arte abrazando con su manto la realidad de todas sus creaciones y el ridículo rincón que aquí le damos le muestra paradoja, o vuestra acepción es la propia en detrimento de la existencia divina, conclusión conducente a otra liza donde no son los hombres sino los siglos los que luchan.

La obra del Eterno es la Naturaleza; el fundamento de ésta—su esencia esencial—es la ley de las oposiciones de que hablara en otra parte; así como el yo subjetivo de los hombres se refleja en sus obras, el factor omnisciente del cosmos tiene su reflector en su obra infinita, donde la ley citada ejerce su perfecto mecanismo. Si en la naturaleza hay sombra y luz persiguiéndose alternativamente cual si fuesen inseparables hermanas con tendencias opuestas, facultades distintas y fuerzas iguales, cooperando para la fermentación de una finalidad, por lógica consecuencia es preciso atribuir la paternidad de ambas, a alguien quien quiso combinarlas para que surgiese tal fermento.

Así al mundo espiritual parece que lo rigen idénticas leyes; sombra y luz hermánanse en él para dar de sus fuerzas una resultante aún escasamente palpable a las grandes mentalidades y a la inmensa intuición de ciertos hombres, quienes talvez vean en esa ley armonizadora del universo, en Dios, las cualidades engendradas a sus hijos: las de lo bueno, de lo malo, las de lo corto y de lo largo.

Empero ¿será lógico que esos sean los componentes, los artículos de esa ley?, ¿podrá haber un efecto emancipado desde su principio más íntimo, de su causa, por completo? ¿Extraños problemas puestos por las manos del Divino! Que los resuelva el año treinta mil cuando el arte de llegar a la verdad, nos conduzca a ver el arte de esta combinación gigantesca de elementos tan variados, en donde adivinan los ojos del esteta profundo, una belleza que aplasta nuestras ridículas pretensiones de personalizarnos eternamente como único medio de conseguir el goce de una belleza superior. Lo más sublime que puede hacer el hombre es procurarse a través del dolor en su existencia temporal como partícula personalizada del cosmos, el mayor tanto de placer, de ese singular placer que a veces no está en la sonrisa del poeta cantor de superficies.

¡Y no os extrañe que mi artista profundo se encuentre a veces admirando superficies; él en ellas sabe ser profundo porque no des-

conoce que existen y lo indispensables que son! Más os digo: ora le encontraréis riendo por el placer de una dicha pasajera, ora le encontraréis llorando por el placer de una injusticia hondamente dolorosa que le envista y estrangule dejándole la vida a los pedazos de su cuerpo. La entereza de un ideal difícilmente concebido, es su único deseo.

¿No os parece, amigo mío, mejor la realidad de un tipo de esa casta? El se dice muy sincero que no cabe para sí la llaneza de un canto con tres notas nada más, con el que vuestra voz simula vegetar. Ved, ¡que vuestros ojos merecen tanto campo!, en las armonías de los músicos geniales, unas veces resbalar muy muellemente el torrente caudaloso de sus tonos con la suavidad de un arroyo muy tranquilo, y otras bramar saltando a lo hondo de insondables precipicios con el ruido tormentoso de gigantesca catarata.

Preguntáis, después de elogiar la mentida beldad material de la existencia, con la sana convicción del idealista en el concepto moderno, si no he apurado lo sentimental de una poesía cuando mi corazón ha estado azotado por la candencia del dolor. Si, mi buen amigo, algo más he hecho también: he bebido en esas candorosas obras repletas de encanto, a las que dáis la paternidad exclusiva del arte y del sentimiento, el bélico sentimiento de una alegría de mundo, que a decir verdad, como no soy poeta, no sé por qué legal motivo separáis de lo sentimental. Y me ha refrescado también «en el corazón una suave caricia de ensueño»; pero nunca, jamás he saciado en ellas mis ansias de pasivo artista y de investigador inquieto, con satisfacción completa como en la prosa de un Nietzsche o de un Schopenhauer, de esos monumentos que dicen con razón que se es más artista cuando se llora la realidad de la vida, que cuando se es cantor de efímeros ensueños.

Todos esos poetas hijos de la moderna concepción del arte que aseguran con vuestro criterio, que para ser poeta no es preciso ser productor sino poseedor del producto, erran obviamente en el campo de la inteligente deducción y de la exploración intuitiva, cual un músico que no afinara su violín al diapasón de su alma por estéril sumisión al espíritu contemporáneo anidado en el hábito oscuro de la uniformidad y la rutina, donde las erizaciones del arte hacen estable la sombra humana para contrastar con su intensa luz y claridad inmensa. Y es que son necesarios los escombros del perjuicio para aclamar la persistencia del arte en todo lo existente.

El doble punto donde Nietzsche aprecia la belleza; la concepción unilateral en donde D'Annunzio la coloca; el consolador concepto sobre ella emanado entre sombras por Maeterlinck y el extraño vislumbrado por Lorrain como el terrible escrito por De Quincey; la finalidad paradójica en que la entroniza Poe, en todo aparece con su cortejo deslumbrador de risotadas, ironías, lamentos, excentricidades y alardes, envuelto por el perfume de la seriedad ignara y por el incienzo de la charlatanería inteligente.

Los murmurios de la fuente cristalina, y los colores del cielo cuando allende la montaña agoniza el monstruo Febo, y el néctar de las flores, y las voces tronantes de las olas y los vientos, y la luz paradisíaca de la luna, y vuestra risa, joven poeta, todo lo que inspira a vuestros dedos cuando rosan las cuerdas de las arpas, forma una pequeña faceta de ese arte que concibo tan inmenso, tan gigante...

¡Oh cisne que cantáis en vuestro precioso lago de idealidades y de ensueños! Profundizando el arte en su contorno entero, se llega, llorando con placer, a la amarga consoladora conclusión, que este día de la existencia es la noche flagelando con sus sombras y su caos, y que la muerte, sí, esa noche tan te-

mida, es el día que manumite; que la vida es la noche del ángel gris montado en el corcel negro del dolor, y que la muerte es el día del placer negativo—monismo—o del pla-

cer de la esperanza,—dualismo—de todos modos gran placer.

Os abraza vuestro amigo,

Moisés Vincenzi Pacheco

No conciento!..

Para EL CONDOR.

Y tenía razón Graciela, moza de diez y nueve años, que apenas había cumplido los cuatro meses de casada, con Ildfonso, el mejor de todos los muchachos de Alajuela y el más trabajador, cuando dijo a su esposo que, ni por ese «puñao de cruces», volvía donde el padrecito Palma, con las tortillas.

—Tonta!—le replicó Ildfonso, limpiándose con la manga de la camisa, el sudor que le corría.—Qué tas pensando vos d'ese santo varón que apenas si tiene tiempo pa rogar a Dios por nosotros pecadores?

—Es que yo no se que le notao tan raro... Me mira de un modo... que me hace dar miedo... Que Dios no me castigue si levanto falsos, pero pa yo que el padrecito se tiene algo conmigo...

—Dejate de tonteras y andá, que vos tes-



Don Jorge Posada Cano

tás volviendo muy higadosa con esos andares y venires con chismes. O decime, vos lo que querés es qu'el verano siga como va, pa que a la menor de vastos nos quedemos sin que comer?

—Es verdá, reflexionándolo bien, nada tiene; vo yir, pero ya sabés, se lo voy a decir con franqueza.

Y haciendo un gracioso mohin, se echó a andar por las calles de la ciudad, muy señora de su batea donde contenía más de una centena de ricas tortillas olorosas a gloria; y meditaba una oración que sirve para conjurar al Malo y sus peligrosas acechanzas.

**

—No conciento!... No conciento!...—se decía el padrecito Palma, meneando la cabeza, sin

apartar los ojos del Breviario, mientras que fiel a su costumbre, se paseaba por el largo corredor enladrillado, al cual hacían una misericordia de sombras las enredaderas y las frondosas pacayas que, las manos fundamentosas de la vieja del reglamento cural y los labios del Padrecito Palma, regaban diariamente de agua fresca y bendiciones.

—Pero no es justo—se decía el Padrecito Palma, en un momento en que se detuvo a escuchar dos golpecitos y un «¡hupe!» que, como una amenaza, y otra amenaza... y una herida, llegaban hasta el inquieto curita—que a mi, anciano de más de 50 años, que he consagrado mi vida al servicio de Dios y al buen ejemplo, vengan, ya al finalizar mis días, a atormentarme los «dañinos deseos». Seré fuerte! Y meneando la cabeza, repetía: no conciento!... no conciento!... Y sin pensar en más, pero percibiendo, eso sí, su cuerpo ya desfallecido por una importuna emoción, dió vuelta a la perilla de la puerta.

**

—Adió y pa qué? Usté sabe que yo soy casada...

—Hija!... Quiero que me esperes esta noche! Y la linda cara de Graciela, trajeó bellamente de color granate. Y la cara escuálida y más estrujada todavía por el insomnio y los ayunos, del Padrecito Palma, palidecía hasta confundirse serenamente con el aromoso color crema de la «cotona», sencilla pero limpia de Graciela.

Y era la razón del Padrecito Palma, ya que jamás, en todo lo que se conoce desde México hasta la Patagonia, se había visto una tentación vestida de mujer, igual a la esposa de Ildfonso Pinto, el mejor y más trabajador y más afortunado de los mozos de la Provincia de Alajuela. ¡Nada! Que con esos ojos y esa boca endiablados y esa figurita, menudita y fina como un dije de porcelana, era capaz de trastornarle el seso hasta al mismísimo Señor de Phocas.

—Conque lo dicho querída Chelita... A las nueve y media!

—Padre, por vida suya, que soy casada!... Ahí tiene las tortillas y esas flores pa la Virgen. Adios!

—Hasta luego, hijita, memorias a Ildfonso.

Una mirada, como una ola, envolvió a Graciela que, graciosa en el andar y muy discreta, cuidándose bien para no mirar atrás, dobló la esquina.

**

La noche.

—No conciento!... No conciento!...

Y las horas trascurrían lentamente, como cabestreadas por la ansiedad del Padrecito Palma, que de tanto querer correr, no daba paso.

No se cuenta que otra luna más bella que la de esa noche, haya hecho fiesta de luz sobre la ciudad. El padrecito Palma, sentía fuego en todo el cuerpo; la cabeza, que durante todo el día había estado como el péndulo de un reloj, en un continuo meneo,

cuando incesantemente repetía: No conciento!... No conciento!..., empezaba ya a dolerle.

Trató de distraerse en el rezo, pero le fue imposible; cada una de las palabras de sus oraciones, le parecían como si tuvieran un timbre voluptuoso y sobradamente excitante. Del templo volvió a casa más temprano que nunca, porque allí todo le parecía una provocación para estimular sus «dañados deseos»; hasta las llagas del Cristo, le parecían bocas lujuriantes que le hablaban de besos tibios y sabrosos.

No quiso reparar más y repitiendo casi inconcientemente sus ya gastadas palabras: No conciento!... No conciento!..., tomó su sombrero panameño y se botó a la calle al tiempo que el reloj daba la media de las diez.

La luna parecía una misericordia de luz y de belleza, sobre la ciudad que ya iba siendo más tranquila; las estrellas, más lindas y luminosas que otras veces, semejaban un reguero de libras esterlinas; las puertas de las casas que aun permanecían abiertas y que arrojaban hilos menuditos de luz, parecían grandes bocas fantásticas en enormes bostezos; un vientecillo tibio y bailarín, robaba coplas a un grupo de taberna, para hacerle serenata a las flores: Era medio enero.

—No conciento!... No conciento!...

El reloj de la torre era como un ojo de diablo que le miraba socarronamente. Su anhelo se hacía descomunal y aun le faltaba un buen trecho.

Al fin se detuvo frente a una casita que, con su ordenada presencia acreditaba el cariño de unas manos de mujer y que, así entre el misterio, parecía más blanca. El jardín, bañado de luz, cometió la indiscreción de sus aromas... El Padrecito Palma, se sentía casi desfallecido; un sudor frío le brotaba por todas partes; el corazón le latía con violencia y....

Ansiedad suprema!

—No conciento!... No conciento!...

Pero la mano, levantada por el deseo, produjo un sonido en la puerta... Nada!

Tres golpes con mayor violencia.

Del interior de la casa, se oyó la ronca voz de Ildefonso que, no pudiendo disimular su malhumor para el importuno, preguntaba:

—Quién es?

Y el Padrecito Palma, cautelosamente, procurando no hacer ruido en las piedras, volvió la espalda a la puerta y abandonó el jardín. Y mientras la brisa decía no se qué cosas que parecían hacer morir de risa a las flores y a la luna, el Padrecito Palma, apuraba el paso y se decía en silencio:

—Qué tal si conciento...!

JORGE POSADA CANO

Locura sublime

Para el "El Cóndor,"

Pensando en un proyecto de nobles consecuencias,
Ardía visionaria la mente del marino,
Que loco declarado, por grandes eminencias,
Seguía con delirio formando su destino.

Por fin su idea apoyan benévolas conciencias
Que tiéndenle la mano, que le abren el camino;
Y lleno de ilusiones, colmadas sus creencias,
Se torna de los mares errante peregrino.

Las olas que sus naves traspasan valerosas
Se achican, se agitan, se vuelven bulliciosas
Y siéntense vencidas al paso del demente.

La marcha se prosigue con épica bravura,
Y al fin de muchos días, resulta la locura
Tornada en las grandezas de todo un Continente!

Salvador R. Merlós

San José C. R. Enero de 1915.

"CORAZÓN"

Para María Isabel Carvajal

Era un chico terrible: el pueblo entero le conocía por sus fechorías, ya tan marcadas que habían obligado a los padres de sus camaradas a prohibirles que se relacionasen con aquel pequeñuelo tan loco.

Nicho era el nombre que le daban sus compañeritos de escuela y con ese se le conocía en todas partes; haría trece años que vino al mundo y ya cursaba el cuarto grado, pues a pesar de sus malos portos no le escaseaba la inteligencia y la memoria no le había dejado en el olvido; su maestra, la niña Estela, una señorita de cara tiaca y pálida, con grandes ojeras azules, que se vestía con sencillez, pero que siempre iba a la escuela muy limpia y muy blanca, era un lago de dulzuras en cuyas ondas infinitamente bondadosas y sensibles naufragaban los impulsos de fogosidad de los escolares: todos la querían mucho y ella, por su parte, adoraba a sus discípulos; a Nicho le quería también, le tenía lástima y le reprendía y aconsejaba más que a los otros: le aconsejaba casi sin confianza, pues sabía que el chico era incapaz de poner en práctica sus amonestaciones; en el pecho de aquel pequeño no penetraban ni la dureza ni la dulzura: «No tiene corazón», decía la niña Estela.

Pasaron unos cuantos meses de lecciones y entre castigos severos y suavísimas frases de persuasión, Nicho seguía siendo el de siempre: casi no pasaban días sin que el señor Director o la señorita Estela recibiesen quejas de los alumnos, de los vecinos o del señor Cura que acusaban al escolar díscolo, por sus travesuras. Llegó octubre y con octubre ese frío otoñal que nos alcanza aun dentro de los trópicos: La niña Estela adelgazaba cada día más; tosía con una tos seca,

las ojeras se hacían más profundas y cada día andaba más dificultosamente; sus discípulos la veían fatigarse al menor esfuerzo y suspender la lección para reposar durante breves instantes sentada en la silla, con los codos en la mesa mirando al cielo raso pintado de blanco, o por la ventana las nubes que el viento hacinaba allá en la altura. ¡Pobre maestra! Sentía el vértigo de lo blanco, amaba los versos lánguidos y le encantaba ver correr en las noches la caravana de las horas que iban hacia el sepulcro del pasado con sus tristes mortajas de luna: era una pobre enferma cuyo ser azotaban las inclementes rachas de la tisis. Debía retirarse de la escuela, y un día llegó en que verificaría su despedida de los niños: con esa dulzura tristísima, con esa angustia que tortura el pecho en todos los adioses, la niña Estela dirigió por vez última su voz enronquecida a los niños: ella lloró mucho y ellos lloraron más; ya al salir volvió la cabeza por última vez, y sus ojos encontraron los de Nicho empañados por las lágrimas de un llanto ardiente, de un dolor que estaba por sobre todos los otros. Sorprendida la maestra le dirigió dulcemente la palabra:

—Pero, Nicho, tú también lloras?

—Sí niña Estela,—contestó entre sollozos el pequeño,—pensaba usted que los malos no teníamos corazón?

Joaquín Vargas Coto

Tres Ríos, enero de 1915.

La mansión del cementerio

Los ojazos negros y brillantes de Hortensia atrajeron al joven de frente exangüe y mirada lánguida; al serio jovencuelo en el que la expresión de su pupila tímida y profunda marcaba, algo así como la sencillez de un ribazo cubierto de azules florecillas, o la tristeza de los lindos brotes coloreados de tierna esmeralda que nacen debajo de los puentes.

La sonrisa bondadosa e inteligente de Hortensia le había llamado la atención, cuando en una feria saturnal lucía sus galas.

Güerino, que así se llamaba el dueño de las veinte estaciones otoñales tentadas de lo invernal y melancólico, le declaró su amor en el recodo de un camino solitario, a la hora en que la campana de la iglesia atorranta suavemente las místicas notas del *angelus*, y en que los rayos dorados del poniente luminoso, dibujan de las cosas, largas sombras que se extienden cual fantasmas hacia el este.

Y unos besos calurosos, muy ardientes, en las manos de la bella sentaron su bíblica dulzura, que con la mirada tendida en el

cielo ensangrentado, y atravesando la enramada balanceada suavemente por un viento delicioso, elevaba su alma a Dios.

La bendita y linda Hortensia ¡oh criatura!, en una fiesta inaugural, a la hora misma en que diera a Güerino su promesa y corazón, olvidóse de todo ello y dejóse conducir en el largo de una acera por el brazo de Giacomo, joven guapo y muy alegre de alta vida y porte distinguido.

Pasaron muchas noches sin que apareciese en casa de la bella de ojazos negros y brillantes, el mancebo que besara sus manos en el recodo del camino solitario, al cuidado del vibrar de las campanas. Pero cierto día, cuando las sombras caminan mansamente hacia el este, a la hora de la ocultación del sol detrás de la montaña, recostada tristemente en la ventana, oye una voz que adiós le dice; es la voz de Güerino que va siendo conducido con despacio, frente a su casa, a la lejana mansión del cementerio.

Moisés Vincenzi P.